

PERSPECTIVAS



TRANSFORMANDO LA IDENTIDAD NACIONAL HACIA UN CRISOL IDENTITARIO: MIRADAS DESDE LA INTERCULTURALIDAD

MARÍA CONSUELO AGAR CONCHA

Licenciada en Historia, Universidad Diego Portales y Magíster en Gestión Cultural, Universidad de Chile. Directora Revista Intercultural Multiverso. Artesana textil

Las transformaciones socioculturales de las últimas décadas han movilizadode manera drástica las estructuras sobre las cuales se sustentaba nuestro imaginario identitario. Construido, por cierto, estratégicamente, con la finalidad de estandarizar culturalmente a Chile, a través de la instalación del aparato estatal en todo el territorio y del uso exacerbado de los emblemas patrios como mecanismos de cooptación. Esta etapa ha sido denominada por los especialistas como “chilenización forzada” y se desarrolló alrededor de 1910, fecha de nuestro centenario. Teniendo presente estos antecedentes históricos, y entendiendo que ha sido un proceso complejo y de larga duración, es que centraremos este breve análisis en temáticas contingentes como es la interculturalidad, en el marco de la inclusión y la gestión cultural.

Primero que todo, reconocer que nuestra raigambre cultural fue construida forzosamente a partir de un modelo de Estado-Nación europeo que necesitó de una identidad homogénea para validar su soberanía, nos permite identificar la fragilidad sobre la cual se han construido dichos patrones identitarios. Es a partir de la negación intrínseca del componente indígena y aspirando a un ideal occidentalizado, tanto fenotípica como culturalmente, que se ha ido forjando “lo chileno”. No obstante, cualquier punto de identificación necesita contraponerse a un “otro” que establezca el parámetro diferenciador y, por ende, propio. En este sentido, el concepto de “Comunidad imaginada” desarrollada por Anderson¹, es referente clave para comprender que las nacionalidades son construcciones sociales provenientes de los intereses de una clase particular.

Históricamente, las culturas han estado en interacción unas con otras, este es un proceso natural, en el cual se genera movimiento y transformación. Sin embargo, es en las relaciones asimétricas o de dominación donde las culturas utilizan herramientas simbólicas y de apropiación para permanecer. “Ninguna cultura está totalmente cerrada y pura, sino es el resultado de diversos procesos de transformación y del “contagio intercultural”.² Hay que entender *lo cultural* como algo vivo, en movimiento y que requiere retroalimentarse de otros para adaptarse y permanecer. Abercrombie denominó este proceso como articulación doble, y se refiere a la dialéctica que se genera a partir de la otredad y la necesidad de validación mutua, incluso desde la dominación.³

La interculturalidad debe ser entendida en primera instancia como la coexistencia integrada y horizontal entre culturas distintas, —tomando como ejemplo el universo panandino prehispánico y su forma de cohabitar territorios, desplazándose por pisos ecológicos sin jerarquización étnica—. Sin embargo, pensar en modelos y enfoques interculturales hoy, es bastante más complejo, ya que implica un cambio de paradigma desde la homogeneidad impuesta, a un crisol identitario que comienza a brotar inesperadamente y desde todas las esferas socioculturales.

1

Anderson, B (1997). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de cultura económica.

2

Estermann, J (2010). *Interculturalidad. Vivir la diversidad*. La Paz, Bolivia: ISEAT., pág. 24.

3

Abercrombie, T. (1991). *Articulación doble y etnogénesis*. En: Segundo Moreno y Frank Salomón (Comps.), pp. 197-212. *Reproducción y Transformación de las sociedades andinas. Siglos XVI-XX*. Tomo I. Ediciones ABYA YALA. Quito..



ANDES/Micaela Ayala V.

4

Boccaro, G (2009). *Los vencedores: Historia del pueblo mapuche en la época colonial*. San Pedro de Atacama, Chile: IIAM, Universidad Católica del Norte, pág. 69.

Desde los años noventa, comienza un proceso de etnogénesis en Chile y América, es decir, un resurgimiento de los pueblos indígenas que se encontraban silenciados e invisibilizados tras años de represión y violencia de Estado. Por lo tanto, irrumpen visiblemente formas culturales ancestrales, adaptadas a los estilos de vida urbana, reclamando derechos territoriales y de autodeterminación, que sin duda irrumpen y descolocan la supuesta solidez del Estado-Nación como figura protagónica de los últimos doscientos años. Esto, además de los importantes flujos migratorios que parecieran reconfigurar la lógica de las fronteras y sus respectivas nacionalidades.

Por lo tanto, es a partir del retorno a la democracia que las políticas públicas en materia indígena comienzan a asomarse tímidamente en la agenda política, dejando entrever el vacío legislativo e histórico que existía en la materia. Chile adscribió al convenio 169 el año 1990, y a partir de ese momento se van sentando las bases para el reconocimiento de los pueblos. Posteriormente, y enmarcado en dicho convenio, es que se articula la ley 19.253, conocida como ley indígena. Este es el corpus legal que rige en Chile hasta el día de hoy, y pareciera estar desactualizado y no representar la multiplicidad de expresiones culturales tanto indígenas como transfronterizas.

Dentro del territorio nacional se reconocen a nueve pueblos indígenas, estos son:

Mapuche, Aymara, Quechua, Rapanui, Colla, Diaguita, Yagán, Kaweshkar y Licanantay, además del reciente reconocimiento legal al pueblo tribal afrodescendiente chileno. No obstante, ninguno tiene reconocimiento constitucional, lo que implica que el Estado de Chile sigue estructurándose sobre la premisa de una identidad nacional homogénea y estandarizada.

Retomando la definición de Esterman, no se podrían mantener relaciones interculturales entre “lo nacional” y “lo étnico” ya que hay una asimetría entre ambos grupos. El primero, desarrolla estrategias de dominación simbólica, mientras que el segundo lucha por mantenerse autónomo y apegado a sus tradiciones. Lo “intercultural” apela a modos de relaciones entre culturas, pero a la hora de analizar esta relación entre el Estado-Nación y las culturas que se ubican dentro de los márgenes de influencia nacional, los lazos son distintos, ya que es uno el que se impone y pretende direccionar a los otros. Boccaro plantea que “La interculturalidad de Estado se construye como espacio de luchas y clasificaciones en lugares y momentos muy concretos de la vida. Es en esos escenarios de participación que el Estado multicultural es palpable para los ciudadanos”.⁴

En este sentido la gestión cultural es una disciplina que tiene la posibilidad de recrear escenarios de coexistencia entre las identidades múltiples de un mismo territorio,



a través del ejercicio y puesta en valor del quehacer artístico y cultural en todas sus dimensiones, refiriéndonos no sólo a pueblos indígenas sino también al amplio espectro de migrantes que diversifican y tensionan la realidad chilena. Para esto, es fundamental comprender el contexto histórico y social que han determinado las condiciones actuales para los distintos grupos étnicos y culturales. De acuerdo a ello, la Historia como disciplina y como asignatura escolar, es el soporte base para comprender, estudiar y direccionar las prácticas e investigaciones en el tema y para potenciar los escenarios de participación intercultural.

Hablar y ejercer prácticas interculturales hoy, significa replantear el lugar de enunciación desde donde estamos comprendiendo e interpelando al otro, ya que si se mantienen relaciones jerarquizadas entre lo “lo chileno” y la otredad, no será posible llevar a la práctica políticas públicas, programas y proyectos que generen una inclusión real de dicha diversidad, más allá de cumplir con formalidades políticas que muchas veces carecen de contenido, cayendo en el peligro de folklorizar cualquier elemento indígena e inmovilizarlo a los cambios y transformaciones propias de toda cultura, limitando así el enriquecimiento mutuo que se podría generar a partir de ese intercambio. ■

“En este sentido la gestión cultural es una disciplina que tiene la posibilidad de recrear escenarios de coexistencia entre las identidades múltiples de un mismo territorio, a través del ejercicio y puesta en valor del quehacer artístico y cultural en todas sus dimensiones, refiriéndonos no sólo a pueblos indígenas sino también al amplio espectro de migrantes que diversifican y tensionan la realidad chilena”.